

Juan Lozano y Lozano

Escribe: JOSE LUIS LORA PEÑALOSA

FICHA BIOGRAFICA

Juan Lozano y Lozano nació en Ibagué el 6 de abril de 1902.

Padres: Fabio Lozano Torrijos y Esther Lozano.

Esposa: Luisa Provenzano, de nacionalidad italiana. Un hijo de nombre Juan.

Estudios secundarios: Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Estudios profesionales: Escuela Militar de Cadetes de Bogotá. Universidad de Cambridge, Inglaterra, y Universidad de los Estudios de Roma.

Libros publicados: Horario Primavera, poesía, Lima, 1923. Joyería, sonetos, Roma, 1927. Ensayos críticos, semblanzas de hombres públicos, Bogotá, 1934. Introducción a la Vida Heroica, ensayos, Bogotá, 1943. La Patria y Yo, ensayos, Bogotá, 1944. Mis Contemporáneos, semblanzas, Bogotá, dos tomos, 1944. Obras Completas, Medellín, 1956.

Distinciones:

—Capitán del Ejército de Colombia.

—Doctor en Filosofía y Letras.

—Doctor en Derecho y Ciencias Políticas.

—Miembro de número de las Academias de la Lengua y de Historia.

—Concejal de Bogotá.

—Diputado a las Asambleas de Cundinamarca y del Tolima.

—Representante y Presidente de la misma Cámara.

- Senador de la República.
 - Ministro de Educación Nacional.
 - Embajador de Colombia.
 - Miembro de la Dirección Nacional Liberal.
 - Director de diarios y revistas.
-

El nombre de Juan Lozano y Lozano ha estado incorporado a un largo tramo de la historia de la inteligencia colombiana.

Hace ya cuarenta y nueve años que publicó en Lima su primer libro de versos, denominado "Horario Primavera". Desde entonces, comenzó a figurar en los cuadros directivos políticos, en la nómina diplomática, en las páginas editoriales de los periódicos. A pesar de que su obra poética no exhibe formas de expresión inusitadas ni concepciones líricas de audaz alcance, y a pesar de que sus ideas políticas suelen ser calificadas como extemporáneas y quiméricas, es lo cierto que sucesivas generaciones lo siguen leyendo con admirativa avidez y que su prestigio intelectual se mantiene en la curva de apogeo.

RASGOS DE SU ESTILO

El paso del tiempo no ha despojado a su estilo de la gracia expedita ni la penetrante alacridad de los días iniciales. Nítido, perspicaz, descomplicado, en todo cuanto ha escrito se aprecia una exquisita asepsia verbal, una trama retórica obvia, tersa, ceñida con rigor a la carnadura conceptual. El mismo ha resaltado como característica identificadora de su lenguaje la carencia de secretos de elaboración. "Allí —afirmó una vez— no hay procedimientos, ni adornos, ni novedades, ni trucos. Procuro decir siempre algo que tenga algún interés intelectual o humano, y lo digo en el menor número posible de palabras comunes... Acaso la fusión entre lo objetivo, lo romántico y lo burlón que hay en mi temperamento es lo que da una cierta impresión de sorpresa y originalidad en lo que escribo".

Es evidente, como él lo señala, que la limpia objetividad, la actitud romántica y el recurrente sentido del humor constituyen los más acentuados rasgos de su prosa. El periodismo ejercido durante varios lustros, la ha dotado de nerviosa llaneza, de fácil elasticidad. No hay que buscar en ella abalorios prolijos ni matices vehementes. Aprehende los temas, los plantea y ahonda con

vocablos frescos, diáfanos, que se dirigen en línea recta al raciocinio, sin circunloquios elusivos. Esa prosa enjuta y grácil, fluyente y liviana, es el instrumento de comunicación de un talento singular, de un ingenio pródigo, de una personalidad de egregias especificaciones.

EL OBSTINADO ROMANTICISMO

El temperamento romántico de Juan Lozano está presente en diversos episodios de su vida, ligados de una u otra manera a su quehacer literario. Así, por ejemplo, en 1932 se encontraba en los Estados Unidos, en calidad de miembro de nuestra representación diplomática, cuando estalló el conflicto bélico entre Colombia y el Perú. Sin titubeos ni cautelosas esperas, pidió su reintegro a las Fuerzas Armadas, de las cuales ostentaba ya el grado de capitán, y partió hacia el frente de batalla con la función de oficial artillero de la nave "Santa Marta". La narración que hizo de aquellas jornadas de guerra en la selva amazónica, es una de sus páginas más afamadas, por la fuerza descriptiva y la pasión patriótica que cruzan por sus párrafos. Posteriormente fundó la APEN, un movimiento político encaminado a preservar el acervo doctrinario del liberalismo decimonónico y los intereses del capitalismo de genuina filiación manchesteriana, amenazados por la "revolución en marcha" que predicaba y ejecutaba el doctor Alfonso López Pumarejo, una de las mayores entre las vocaciones creadoras y las voluntades conductoras que ha producido la nación. En el diario "La Razón", que fue un insuceso como empresa, quedaron consignados los inflamados alegatos del heroico poeta contra las tesis y los actos de aquel mandatario desenfadado y lúcido que hablaba de ley de tierras, de organización sindical, de frente popular, y encomendaba la dirección política a mozos de la peligrosidad ideológica de Alberto Lleras, Darío Echandía y Jorge Soto del Corral. Desde luego, casi todos los programas enunciados por López se convirtieron en leyes de la república y en actos de gobierno, pero, aunque la aventura periodística de Juan Lozano se frustró por falta de recursos y de cauda, éste continuó erguido al pie de sus convicciones, denunciando los desvíos y desvaríos filosóficos de sus copartidarios, propensos a quebrantar la ortodoxia del individualismo hermético y el Estado gendarme.

El obstinado romanticismo de este abogado de causas perdidas está activo en sus versos, que son flores de juventud ilusa

y galante; en sus apologías a la libertad ilímite; en sus reparos al intervencionismo estatal; en su arrogante patriotismo, en fin, en los frutos de su oficio de escritor y en la posición que adopta ante las mutaciones del mundo, sin abatir su altivez solitaria.

TENDENCIA AL HUMOR

Un examen de los atributos estilísticos de Juan Lozano no podría omitir la alusión a los ingredientes de humor que utiliza en sus artículos y ensayos, aun en los más pulidos y solemnes. Viene la exposición tranquila y seria, el discurrir sensato, el quiebre lírico, y, súbitamente, cuando menos lo aguarda el lector, estalla el sarcasmo lacerante, la chacota constrictora, la irónica asociación de ideas. Es como una descarga de risa durante una celebración litúrgica o como unas cosquillas en el tórax de un mariscal.

Ese frecuente empleo del símil hilarante, del guiño burlón, de la observación satírica, corresponde a una tendencia incontenible de su idiosincracia y de su ubicación frente á la vida. Los hechos y sus protagonistas poseen siempre un subfondo grotesco que sólo el filo del humor descubre y perfora. Entre el drama y el sainete hay apenas una rendija de separación que el crítico risueño colma y anuda. Por eso, la facultad de Juan Lozano para mirar más allá de la apariencia externa, más allá de la costra superficial, le ha permitido delatar el alma de muchos personajes estirados, analizar las causas próximas y remotas de los acontecimientos, desinflar vanidades y nombradías artificiosas, reducir sujetos y acciones a su real dimensión.

RECORRIDO POR SUS LIBROS

Ocho libros ha publicado hasta ahora. El último de ellos data de 1956, cuando la Editorial Bedout de Medellín recogió en un volumen de casi mil páginas su producción conocida hasta entonces.

“Horario Primavera” y “Joyería” forman su aporte poético fundamental. Poesía construída con materiales idiomáticos cristalinos y leves, desprovista de alambicados repliegues, trabajada con la simplicidad que la maestría apareja. Poesía de los veinte años, con el júbilo de existir navegando en la sangre,

con los sueños en la frente “como un cesto en llamas”. Es deplorable que la fuente lírica de Juan Lozano haya sido cegada por la ceniza de los años y que su capacidad creadora se haya contraído a otras tareas y diferentes objetivos. Fue parva y breve su misión en este campo alucinado de la poesía, pero su obra ahí permanece, con la neta pureza de un metal perpetuo.

Los “Ensayos Críticos” y “Mis Contemporáneos”, contienen semblanzas y apuntes biográficos de las personalidades colombianas más prominentes de los últimos decenios. Gobernantes, caudillos, parlamentarios, profesionales, poetas, se agrupan allí, y son dibujados con minuciosa destreza. Las virtudes y los defectos, los errores y los aciertos, las glorias y los infortunios, son destacados en un juego fotográfico de luces y sombras. Cada figura es presentada con trazos cabales, sin maquillajes lisonjeros ni distorsiones vejatorias.

Sobre Laureano Gómez, valga el caso, hace este esbozo que expide vaho y movimiento:

“Desaparecidas o ausentes las grandes figuras de nuestro parlamento con las cuales ha partido el campo el doctor Gómez, en el senado y en otras corporaciones electivas, también parecen otra jauría sus adversarios; se lanzan en grupos contra él, lo puyan, lo gritan, lo interpelan. Y él, ancho de espaldas, dominador, terrible y fulgurante, es, en toda ocasión, la figura central de la reyerta. Al verlo así, en medio de la pugna, he recordado muchas veces aquel grupo marmóreo de la escuela helenista que representa un toro poderoso, apenas contenido por veinte brazos humanos de músculos crispados por el esfuerzo y por la angustia. Laureano Gómez es el Toro Farnese de la democracia colombiana”.

El señorío del maestro Guillermo Valencia aparece vertido en este perfecto medallón:

“Todo en Valencia denuncia al poeta, según la idea, un poco legendaria, que tenemos del dón divino de decir las cosas bellamente. Fino y prognático, pálido como un pergamino, los ojos iluminados, revuelta la cabellera, largas las manos de mujer en clausura. Por el corte sensual de la boca pudiera creérsele un cardenal renacentista, de estirpe florentina; un héroe por el dibujo del perfil aquilino; un monje de los que convocan a Cruzadas por el fuego místico del poeta”.

Jorge Eliécer Gaitán, gesticulante y visionario, con el telón de fondo de muchedumbres férvidas, surge de estos renglones veraces:

“Todos estamos habituados ya a la fraseología de Gaitán, al disco de Gaitán: las clases explotadas, el capitalismo constrictor, la madre con el hijo en brazos que no tiene un pan para calmar el llanto del tierno pequeñuelo... Y los intelectuales de corrillo urbano sonreímos picarescamente en lo más vivo y en lo más emocionante de los apóstrofes tribunicios y parlamentarios del orador desmeleñado. Pero no sucede cosa análoga entre los obreros que pueblan la galería; ni entre los campesinos que al caer de la tarde tuvieron la rara oportunidad de oír leer la relación de los debates. Ellos sienten que hay una voz que interpreta su dolor y su anhelo; y que no puede menos de ser sincera esa voz, puesto que tan fielmente traduce lo que bulle en el fondo de sus almas oscuras”.

Por último, esta fiel efigie del presidente López:

“Es rencoroso y vengativo, pero él dice sus rencores y anuncia su vindicta, y no apela a expedientes hipócritas. Es amigo de las cosas grandes, de las mujeres elegantes, de los licores viejos, y del oro de las vajillas entre el perfume de las rosas; pero ello dentro de un epicureísmo desenvuelto y severo que lo hace extremadamente humano y generoso... El país dará su fallo en los años futuros; en tanto, no puede menos de mirar con simpatía profunda, después de tanto solemne fracaso, a este presidente un poco advenedizo, un poco aventurero, tan desembarazado de espíritu y de cuerpo, tan agudo de su ingenio y tan bohemio de su corazón”.

LA ENTREVISTA

Es indudable que lo que convencionalmente se llama la provincia, continúa suministrando al país las más altas cifras de su elenco dirigente. Gentes oriundas de las villas incipientes o las aldeas innominadas, se abren paso en la escala de las dignidades y los merecimientos. En las jerarquías gubernamentales, en los directorios de los partidos, en las alianzas financieras, en las sectas de artistas y letrados, hay provincianos eminentes que se singularizan por su receptividad ante los problemas colectivos y su afinidad con el alma nacional.

Juan Lozano proviene de la comarca tolimense, que tan fecunda ha sido en cerebros rectores. Nacido casi con el siglo, su infancia tuvo por escenario al Ibagué recoleto de la época, regido por usos austeros y costumbres restrictivas. Sin embargo, su padre, el doctor Fabio Lozano Torrijos, hombre apegado a los libros y animado por las ambiciones de superación que la cultura proporciona, asumió el papel de guía intelectual de sus hijos, Fabio, Juan y Carlos, quienes a la postre se convirtieron en honra y prez de la república. Fabio y Carlos fallecieron, después

de dar lustre a sus nombres y servir a la patria con idoneidad y magnanimidad ejemplares.

Precisamente, para empezar esta entrevista, hemos interrogado así al sobreviviente de aquel hogar procer, el doctor y capitán Juan Lozano y Lozano, en su espléndido refugio de Suba:

—¿Podría describir el ambiente intelectual predominante en su hogar paterno y el influjo que ejerció en su formación?

Y responde:

—No es frecuente que los hijos sigan la vocación de sus padres, pero sí fue ese el caso de nuestra familia. Mi padre, al contrario, que era hijo de general, y de general guerrero, fue, a más de hombre público, disertador escritor y hombre de vastos conocimientos. Su escritorio estaba tapizado de libros de clásicos y de obras de historia y de literatura general, fuera de los de su especialidad, que eran la ciencia política y el derecho internacional. Nosotros crecimos en ese ambiente; y como, parte por la franciscana pobreza y parte por la espartana austeridad de los hogares tolimenses, no tuvimos juguetes ni recreaciones de ninguna clase, nos distraíamos leyendo, ya que a falta de pan, buenas son tortas. Por otro lado, mi padre, que en su primera mocedad había sido maestro en Neiva y allí enseñó a leer a quien después fue Monseñor Perdomo, tenía el gusto de lo didáctico, de que yo carezco; y en la mesa nos hablaba del sistema planetario, de las guerras púnicas, de las hazañas de Bolívar, de quien fue apasionado admirador. Si a esto se añade que casi todos los amigos más cercanos de mi casa eran literatos y políticos, se comprende por qué, cuando muy niños, mi hermano Carlos y yo entramos al Colegio del Rosario, casi todos nuestros condiscípulos eran hasta cinco años mayores que nosotros; y nosotros estuvimos siempre en la primera fila de los más brillantes estudiantes. Ni mi hermano Fabio, que había pasado por el mismo colegio varios años antes, ni Carlos y yo, que no obstante ser yo mayor, empezamos y terminamos a un mismo tiempo, sacamos jamás una calificación inferior a cinco, y con una constelación de condiscípulos deslumbrantes que teníamos, nos disputábamos a muerte los premios. El premio era la exclusión, o el derecho a la más alta calificación, sin presentar examen. En el curso de Lógica, que regentó por lustros el doctor Julián Restrepo Hernández, el célebre “Loco” que reprobaba al ochenta por ciento de los alumnos, se verificó en 1916 la eliminatoria para la ex-

clusión. Los mejores estudiantes a pocas vueltas, fuimos quedando eliminados, y Carlos quedó solo, sosteniendo el duelo con un muchacho de Chaparral, que era el genio llamado Sabino Palomino, muerto muy joven. La batalla duró dos semanas, y al cabo de ella, triunfó Palomino. Ambos estaban convertidos en esqueletos porque no dormían, estudiando, y por la tensión nerviosa. Carlos, por el dolor, cayó a cama con alta fiebre. Si quiere otro detalle, sobre la manera no superficial como se estudiaba bajo Monseñor Carrasquilla, le cuento que el actual Rector del Rosario, Antonio Rocha, uno de los primeros ciudadanos de Colombia y estudiante fenomenal, me reprocha afectuosamente cada vez que nos vemos, que yo le hubiera rapado la exclusión de Historia Natural, cátedra que dictaba el sabio Liborio Zerda. Creo que fue la única exclusión que perdió Antonio en toda su carrera. El texto era el de Lenglebert, que tenía novecientas cincuenta páginas, las cuales, de pasta a pasta, recitábamos todos de memoria.

LAS TRES VERTIENTES

A Juan Lozano le alaba el país las altas condiciones que ha demostrado para el ejercicio de la poesía, del periodismo y de la política. En esas tres vertientes de su inteligencia ha revelado lineamientos propios, cualidades intrínsecas que han enaltecido su imagen. La importancia de su rendimiento en esos tres aspectos de su actividad es calificada por él mismo al preguntarle:

—¿En qué orden cronológico, y en qué lugares y circunstancias, surgieron el poeta, el periodista y el político que ha sido usted?

—Yo empecé por poeta, así como la literatura empezó por la poesía. En 1910 se celebró el primer centenario de la Independencia, y yo tenía ocho años. Nosotros vivíamos en la carrera séptima, en el sector que después se llamó “La Terraza” y en el lugar que hoy ocupa el edificio comercial de los “Baldosines Corona”. Estaban muy cerca los parques del Centenario y de la Independencia, con los que terminaba la ciudad de entonces; y allí se celebraron casi todos los actos conmemorativos, empezando por la famosa exposición, nunca después vista, en los enormes edificios que había levantado en pocas semanas don Tomás Samper. Se inauguraron muchos bustos y estatuas, y yo me enamoré perdidamente de los próceres, pasión que en mí perdura y

se acrece con los años. Entonces yo le dediqué una “composición” en verso a cada uno. Papá las conservaba y me las mostró poco antes de morir.

Como periodista, me inicié a los once o doce años en “El Liberal” del general Uribe, como corrector de pruebas. Entonces los periódicos no producían sino gastos a sus directores y colaboradores; y papá, colaborador permanente del diario, miembro de la dirección liberal que presidía Uribe, y uno de sus amigos más cercanos, le ofreció como colaboración amistosa, mis servicios. Desde entonces me impregné del olor de la tinta de imprenta. En 1915 saqué con Carlos una revista de cuatro hojas, que se llamaba “Ensayos”. En 1919 publiqué, también con Carlos, una revista ilustrada, que se llamó la “Revista Azul”, en la cual colaboraron todos nuestros contemporáneos: Germán Arciniegas, Rafael Maya, León de Greiff, Germán Pardo García, Ricardo Rendón, Rafael Bernal Jiménez, Silvio Villegas, Pepe Gnecco, Nicolás Llinás, el mejicano Carlos Pellicer, que entonces vivía en Colombia, de veinte años, y que ejerció influencia decisiva sobre todos nosotros. Después, gracias a la impagable generosidad de ese mosquetero que fue Alfonso Villegas Restrepo, entramos todos a colaborar en su primera “República”; allí formamos el grupo de los “Arquiloquidas”, que escribía cosas virulentas contra los literatos de las dos generaciones anteriores. En “El Tiempo” empecé a colaborar en forma casi permanente, en 1927, hallándome en Roma, por donde pasó entonces el doctor Santos, en uno de sus cien viajes al exterior. Fui director de “La Razón”, diario político, durante doce años. Alberto Lleras, al ser elegido inmediatamente después de su primera presidencia, para Director de la OEA, me hizo el favor y el honor de regalarme su parte —la mitad— de la revista “Semana”, que se editaba en la Litografía Colombia, dueña de la otra mitad. Cuando, a mi turno, salí al exterior, como particular, dejé la dirección, vendí mi parte a Hernán Echavarría y a Mauricio Obregón. La revista siguió por muchos años. Con Carlos Lleras Restrepo fui director de la revista “Política”; la fundamos en 1962 para el propósito específico de lanzar, sostener y hacer triunfar la candidatura presidencial de Guillermo León Valencia. Antes, por varios años, había sido colaborador de resistencia en la famosa revista “Sábado” de Plinio Mendoza Neira. Ahora he vuelto a colaborar regularmente en “El Tiempo”, en la sección “Jardín de Cándido” que, con algunas intermitencias, he sostenido allí por cerca de cuarenta años. Yo he sido uno de los más apasionados

amigos de ese hombre magno de nuestra democracia y de nuestra cultura, que es Eduardo Santos.

—He sido, pues, periodista toda mi vida y esa es mi vocación, mi profesión y mi satisfacción. Nunca he lamentado lo que algunos han llamado el desperdicio de mis facultades, aludiendo al hecho de que habría llegado a ser con el tiempo una importante figura literaria. Los dos grandes amores de mi vida han sido la patria y el liberalismo, y a ambos he servido en la forma que encontré ser más eficaz, que es escribiendo en la prensa. No puede darse mayor influencia social que la del periodista. La gente lee un artículo, e inmediatamente olvida el contenido, el tema, el autor, todo. Pero asimila lo escrito en forma tan inadvertida como incontrastable; y cuando se presenta la ocasión de opinar sobre el asunto de tal artículo, expresa, creyendo sinceramente que son propias, las ideas del escritor, y obra en consecuencia. A mi me sucede con frecuencia que amigos o conocidos míos me dicen en la calle: usted tal vez no se ha dado cuenta, doctor, de esto y lo otro. Y me repiten lo que he escrito horas antes, empleando hasta las palabras, las citas, las expresiones, los dichos y giros que son característicos de mi modo de escribir. Produce una honda satisfacción espiritual ese imperio silencioso sobre la opinión; satisfacción tanto más pura cuanto más desligada de vanidades y provechos. Yo sinceramente creo que si no existieran diaristas como Calibán, y, en escala modesta, yo, que erijan la libertad en punto de referencia de los hechos y de las ideas, el liberalismo en Colombia apenas sería un vago recuerdo. Hoy las ideas de izquierda y de derecha asedian a la libertad y encuentran mucha audiencia en la juventud desprevenida.

EL SONETO MAS FAMOSO

—El soneto que usted dedicó a la Catedral de Colonia figura en diversas antologías y puede decirse que es la producción que más ha acrecido su nombre literario. ¿Es ese su poema fundamental? ¿Cuál es la historia de ese soneto?

—Recientemente tuve ocasión de expresar que no solo no estimo en gran cosa mi obra literaria y poética, sino que soy su descontento crítico. El soneto a la Catedral de Colonia, a que usted alude, lo escribí en esa ciudad, a los veintitrés años, o sea en 1925, sobre la mesa de un restaurante que quedaba en los

bajos de una casa medioeval, frente a la portada del Domo. Hoy me dicen que todas las viejas casas que rodeaban el monumento quedaron destruídas en la última guerra y fueron reemplazadas por edificaciones modernas. Apareció el año siguiente en un libro de sonetos llamado "Joyería", que edité en Roma. Ha tenido fortuna y lo he visto reproducido en decenas de antologías de varias lenguas. Conservo también decenas de tarjetas postales que personas amigas y desconocidas que han pasado por Colonia, me han enviado como recuerdo. Entre ellas hay una de Guillermo León Valencia, enviada hace bastante tiempo, cuando yo no tenía todavía amistad personal con él. En cuanto al mérito del soneto, me parece que está bien, ya que la poesía es el arte de pensar en imágenes, como decía Goethe. Pero no considero que sea lo mejor que yo escribí, cuando era poeta. Yo creo que tuve inventiva poética, y que creé un estilo peculiar de poesía, que murió conmigo, o sea con mi primera juventud. Son sonetos en cuya aparente ligereza y formal despego, se reflejan momentos de honda intensidad de las vidas humanas. Tratan de realizar la definición del soneto que da Dante Gabriel Rosetti como monumento levantado a la memoria de un instante. Y, como forma, son diáfanos, están escritos en orden lógico, sin trucos ni licencias, y pueden leerse de la primera a la última palabra casi de una sola emisión de la voz, sin contener el respiro.

—¿Aún escribe poesía, o hay que aceptar que su fuente poética está extinguida?

—No. Hace más de cuarenta años que abandoné voluntaria y definitivamente la poesía, sin volver atrás los ojos. Hoy no podría componer un cuarteto, aun cuando me lo propusiera, por el total desuso. Yo resolví mi vida en otra forma; inspirado en el ejemplo de muchos varones de nuestra grande historia, he querido realizar el tipo de ciudadano en ejercicio; en posición siempre modesta, pero decidida, he acompañado al país en todos sus momentos. En la vida contemporánea, y en la alta escala que les corresponde, han hecho lo mismo personas como Luis Eduardo y Agustín Nieto Caballero, Alberto y Carlos Lleras, Darío Echandía.

MEDIDA DE LOS PERSONAJES

Quien se ha aproximado a tantas personalidades notables, las ha interrogado, y ha analizado su trayectoria y su pensa-

miento, seguramente tiene una clasificación mental de los valores auténticos y los postizos, los que tienen solidez y consistencia, y los que son mero brillo circunstancial o secreciones de la buena fortuna. En esta materia nuestro entrevistado quizás ha hecho precisiones que nunca ha revelado y acaso no divulgue nunca, para no incurrir en infidencias temerarias. Sin embargo, le indagamos de la siguiente manera:

—En algunos de sus libros aparecen reportajes y ensayos sobre personajes colombianos de distintas generaciones. ¿Quiénes, entre los prohombres que tuvo oportunidad de entrevistar y examinar, le suscitaron realmente la sensación de grandeza, y por qué?

—Fui siempre curioso del fenómeno humano, de las grandezas y flaquezas del hombre, y traté de desentrañar las constantes del carácter y de la conducta de muchos ciudadanos, dentro del complejo de sus apariencias, de sus circunstancias, de sus contradicciones interiores. Como para mí Colombia es la entidad más importante del mundo, no me dediqué a estudiar a los héroes de la antigüedad clásica ni a los varones del Renacimiento ni a los mariscales de la epopeya napoleónica, sino que he observado y tratado de fijar los rasgos privativos de nuestros grandes ciudadanos contemporáneos, en quienes se reproducen muy cercanamente los conflictos interiores de las grandes figuras de la historia. Retraté a muchas personalidades colombianas tal como las vi de cerca, con entera lealtad; y por ello, por la lealtad, entiendo que hoy mi versión es la válida ante la sociedad y ante la historia. Hay la circunstancia de que sobre muchos de nuestros prohombres escribí mucho antes de que llegaran al cenit de su parábola humana. Así, en 1933 escribí sobre Gaitán y dije que iba a ser el primer presidente socialista de la república, cuando él no había pasado de ser un pequeño agitador sindical y político local. Entonces escribí también sobre Alfonso López, persona del alto mundo social aficionada a la política, para presentarlo como nuestro primer demócrata. Entonces estudié también la personalidad de Laureano Gómez, sin que él hubiera llegado al apogeo de su carrera oratoria y política, que se produjo durante su campaña contra López, de quien entonces era el más íntimo amigo; solo dos décadas después subió a la presidencia. Sobre el carácter de mi hermano Carlos escribí, doce años antes de su muerte, en plena juventud, una página que todavía me escalofría, porque lo comparaba con el carácter

de Silva. Sobre Carlos Lleras Restrepo escribí por la misma época, el diagnóstico de la personalidad y del gobierno que ahora estamos presenciando. A más de la lealtad, pienso que estos ensayos míos tienen un valor ulterior, que es el de la abnegación personal del autor. Bien se sabe que a los hombres ilustres les gusta que los elogien, pero no les gusta que los pinten como son. Yo no soy un turista en este país; y he debido padecer en dificultades de mi vida mis conceptos sobre mis contemporáneos.

—Pero me preguntaba usted qué personas de las que he tratado me produjeron mayor impresión de grandeza. Algunas: El general Uribe, Monseñor Carrasquilla, el doctor Concha, mi padre. Sobre todo mi padre, que era un hombre por todo concepto maravilloso. El hizo muchas cosas grandes por el país; pero en donde resplandecía su grandeza moral, era en su vida íntima. El fue pobre y lleno de obligaciones; pero era hombre que tomaba plata prestada para regalarla. Ese era su concepto de la vida; él no daba de sí lo que le sobraba, sino lo que estaba necesitando para sí. No lo oí jamás quejarse de nada ni de nadie, ni atribuir a nadie la causa de sus propios infortunios. Era extremadamente valeroso. Tuvo el culto de la amistad. Antepuso siempre a su conveniencia, sus altos ideales. Después de haber ejercido cincuenta años de influencia en la vida pública, nos dejó a todos sus hijos una casa de treinta y cinco mil pesos, hipotecada en veinte mil.

INCURSION EN LA DIPLOMACIA

Hasta hace más o menos dos años, Juan Lozano tuvo la investidura de Embajador de Colombia ante el gobierno de Italia, país al cual lo atan vinculaciones sentimentales firmes y en cuyo ámbito atesoró en su juventud experiencias vitales supremas. Con suma dignidad representó allí a la nación. Convencidos de que ese interregno diplomático lo hubiera aplicado a la creación literaria, a la gestación de la magna obra crítica, histórica o biográfica que cabe esperar de sus aptitudes y sus antecedentes, aunque él no admita esa posibilidad, le inquirimos:

—¿Qué experiencias valiosas, en el orden intelectual, le dejó el tiempo de permanencia en Italia como Embajador de Colombia?

—Yo he vivido —contestó— muchísimos años fuera del país. Por cerca de diez años estudié en las Universidades de

Cambridge y de Roma. En la ciudad de Roma he vivido en varias ocasiones y, por junto, catorce años. Estos últimos años, en que estuve de embajador, fueron los menos gratos para mí, porque la diplomacia esteriliza e idiotiza. ¿No me nota nada? Le diré solo que tuve una experiencia nueva e interesante. Por haber tomado para residencia de la embajada el Palacio Caetani, uno de los más bellos del Renacimiento romano, mi mujer y yo tuvimos oportunidad de gozar de la amistad gentilísima de los dueños, doña Lelia Caetani, Duquesa de Sermoneta y Princesa de Teano, y su marido Hubert Howard, hijo no primogénito de los Duques de Norfolk, una de las familias más antiguas de Inglaterra, y que ha hecho buena parte de su historia. Catalina Howard, una de las esposas de Enrique VIII, era hermana de un lejano ascendiente. Los Caetani son una de las cuatro familias más antiguas de Roma. Hay documentos de ellos, como barones feudales, desde el siglo VII. En el siglo X tuvieron su primer Papa, Gelasio II. En el siglo XII produjeron a uno de los más grandes Papas de la historia, Bonifacio VIII, el que inventó el año santo en 1300 y guerreó contra Felipe el Bello, rey de Francia. Esta familia se ha mantenido en su auge hasta nuestros propios días. Los tíos de doña Lelia, que vivieron entre los dos últimos siglos, fueron diplomáticos, orientalistas, autoridades en música; su abuelo, el Duque Miguel Angel, ciego, era a mediados del siglo pasado el ciudadano más prestante de Roma; y fue comisionado para entregar simbólicamente las llaves de la ciudad eterna, en Florencia, al rey Víctor Manuel, padre de la nueva Italia. Todas estas historias son para decir a usted que son gente interesante de tratar; o mejor dicho, de la que no se encuentra todos los días en el "Tout Va Bien". Ellos nos llevaron frecuentemente a sus fantásticos castillos, como el Sermoneta; y a otra de sus fincas, que las guías llaman la Pompeya Medioeval, porque fue una ciudad semiarrasada por sus enemigos, diez siglos atrás. Sobre las ruinas, contra las paredes, entre las arquerías, está construído un jardín inverosímil, que sirve de patio, o solar, a las habitaciones; y en donde uno almuerza con esa gente fabulosa, que nadie ha visto nunca, que son los próceres del patriciado romano, los cuales, con sobrada razón, miran por encima del hombro a todos los reyes de Europa, presentes y pasados. No deja de ser aquella una experiencia poco usual, por lo menos para nosotros los opitas. Creo que precisamente los Caetani nos tomaron simpatía, porque nos encontraron tan sencillos como ellos.

DEFINICIONES DOCTRINARIAS

Como ha practicado la política en sus diversas fases, desde la estrategia electoral hasta el periodismo adoctrinante, quisimos aprovechar la ocasión para adentrarnos en el recinto de las ideas que Juan Lozano profesa a fondo, establecer los ejes y plataformas de impulso en que se apoya su militancia partidista, en resumen, determinar el contorno y los alcances verdaderos de su filosofía política. Por eso, le formulamos esta pregunta escrutadora:

—¿Desde el punto de vista de las ideas políticas, considera anacrónico el liberalismo manchesteriano que se le atribuye, en relación con el auge actual de las doctrinas llamadas progresistas?

—Manchesteriano es una manera de decir; se dice manchesteriano como se dice revolucionario o como se dice reaccionario. Es la aproximación popular a un sentimiento confuso. Yo, sin embargo, he aceptado con mucho gusto, como lo acepta Calibán, ese remoquete, que tiene noble abolengo en el sentido de la libertad. Nadie, ni menos los manchesterianos, ha pensado que el Estado no pueda o deba intervenir en nada. Nadie, ni menos los comunistas, piensa que no deba dejarse un margen a la vida privada de los hombres. Lo que sucede es que hay una cosa indispensable que es la libertad política; y que es muy difícil compaginar la libertad política con la planeación económica. De todos modos, libertad y autoridad, no son términos absolutos, sino cuestiones de límites. El liberal desconfía instintivamente de toda propuesta de restricción, pero acepta que alguna restricción tiene que existir, para equiparar los derechos contrastantes. Entonces, su pregunta es ésta: ¿Esta particular restricción aumenta la libertad general, o la disminuye? Si, examinando bien el caso, a la luz de la razón y de la experiencia, resulta que sí, la acepto. Si no, la rechazo y combato.

—En la presente etapa política del mundo, está en boga la planeación, sobre la cual se fincan grandes ilusiones. Yo desconfío de ella grandemente, pero creo que debe ensayarse, porque de otro modo la gente no se convence de que no es ninguna panacea. Muchos padres dejan que el niño toque el hierro candente, para que se convenza de que no son necesidades lo que se le ha dicho sobre la inconveniencia de tocarlo. Cuando la gente se vea perdida y desesperada en el maremagnum de una buro-

cracia inepta y vejatoria, que no entiende nada, que no resuelve nada, que lo tramita, demora y empandorga todo, entonces será más difícil para los políticos venir al congreso en hombros de la planeación del desarrollo. Como dato fehaciente, le cuento que yo, que soy persona relativamente conocida, y de quien muchos saben que soy muy amigo personal del presidente Lleras, hace nueve meses que tengo un pequeño asunto por resolver en algún instituto descentralizado. La última vez que fui a informarme, estuve de buenas, porque la señorita encargada me miró. Ante mi pregunta un tanto exasperada de qué debía yo hacer para que se me resolviera mi caso en algún sentido, me dijo con cierta buena voluntad: No deje de estar viniendo.

QUIEN ES QUIEN

A fin de darle ocasión de lucir sus incomparables dotes para conceptuar sobre sus semejantes, escogimos al azar varios nombres conocidos, pertenecientes a personas que ocupan posiciones diversas y se dedican a labores contrapuestas, y los sometimos al juicio de nuestros perspicaz interlocutor. Su respuesta, en términos lacónicos pero certeros, fue como se verá en seguida:

¿Cuál es su opinión, sucinta y sincera, sobre las siguientes personas y las actividades que desarrollan: a. Fidel Castro. b. Bertha Hernández de Ospina Pérez. c. Gonzalo Arango. d. Fabio Lozano Simonelli. e. Tosa Veselinovic?

—Creo ser una de las pocas personas que en Colombia escribieron con ardiente simpatía sobre Fidel Castro, cuando él se batía sin esperanzas en la Sierra Maestra, contra el régimen bárbaro, corrompido y pintoresco de Batista. Cambié totalmente de concepto sobre su personalidad, en los propios momentos de su grandioso triunfo. Un hombre de treinta años que, incontestablemente victorioso, hace fusilar en pocos días a más de setecientos vencidos, es un monstruo moral. Eso en cuanto a él. En cuanto a su régimen y en cuanto a su país, la noble y amada Cuba, siempre presente en el corazón de los colombianos, me parece un contrasentido que tengamos rotas las relaciones con ella. Castro no tiene un centavo en sus arcas; vive de la caridad o mejor, del interés de los rusos y chinos. Si hemos cometido el error irreparable de entablar, por una engañosa lupia inicial, relaciones con la Unión Soviética, que pasa plata y técnica gue-

rrillera y propagandística a Cuba, para que ella vea de emplearla en Colombia, no hay ninguna razón para que no nos entendamos directamente con Cuba. Doña Bertha Hernández es una mujer de mucho coraje y mucho espíritu y mucha personalidad. Ha sido muy celebrada por esos atributos y es ello probablemente lo que la ha hecho insensiblemente abusar de ellos. Parece, sin embargo, que ahora atraviesa un período de reflexión y sosiego, que sentará muy bien a su sorprendente sagacidad política. Personalmente yo la aprecio mucho desde cuando, llegada de Medellín al Palacio Presidencial, no se dejó patronizar por las señoras de Bogotá, sino que estableció su casa propia, su protocolo propio, su *entourage* propio, y así en breve dominó a toda la sociedad. De Gonzalo Arango conozco pocos escritos. Me parece un sujeto extraordinariamente inteligente, que está cumpliendo el curso infantil de descubrir el mundo, con aires de mucha experiencia. Por el momento, ha descubierto a Fernando González, que no es cosa del otro mundo. Hasta ahora, me parece un cosmopolita de provincia; pero en él existe la madera de los grandes escritores. Sobre mi sobrino Fabio Lozano Simonelli leí en la prensa un artículo en que le predicen que será presidente en breve lapso. Yo estoy de acuerdo, porque ya toca. A Toza Veselinovic no lo había oído nombrar.